

Del Trauma Temprano al Amor Desesperado

Gustavo Lanza-Castelli

El término “amor desesperado” fue acuñado por Sperling (1986) para aludir a un tipo de amor que contiene una serie de componentes del mayor interés. Según este autor, “Cuando una persona experimenta un amor desesperado, hay temas prevalentes como mucha idealización y disminución de la prueba de realidad interpersonal (interpersonal reality testing), a los efectos de construir la relación y el objeto amado como completamente gratificante, una necesidad de afecto recíproco aparentemente insaciable, ansiedad ante la separación, un sentimiento de urgencia y difusión de los límites del yo” (1986, p. 361).

En el presente trabajo pretendo enfocar el tema del amor desesperado -al cual le doy nuevas connotaciones- desde el punto de vista de un tipo especial de trauma temprano, e intento vincular ambos conceptos, lo que entiendo resultará de utilidad en la comprensión y trabajo con este tipo de desenlace clínico.

Anudo las reflexiones vertidas a lo largo del presente artículo en torno a la autobiografía escrita por Cielo Latini (2006), en la que la autora relata de un modo vívido el amor desesperado que tuvo por Alejo, que derivó hacia conductas bulímicas y anoréxicas que pusieron en riesgo su vida.

De todos modos, no serán la bulimia y la anorexia el centro de mi interés en este caso, aunque reiteradamente el libro de Latini ha sido considerado desde este punto de vista, sino la articulación entre el vínculo adictivo que desarrolló con su pareja, las perturbaciones en su identidad, en su sentimiento de estima de sí, sus tendencias suicidas, su depresión permanente, las deficiencias en su modo de procesamiento mental, etc. Todas estas variables entiendo que pueden relacionarse con el trauma temprano y las defensas organizadas en relación con él, así como con la relación establecida con sus padres y hermanos.

En lo que sigue caracterizo, en primer término y en un sentido general y conceptual, la relación entre la constitución de las

identificaciones primarias del niño, su amor a sí mismo y la representación idealizada que la madre tiene de éste, antes y después de su nacimiento. Articulo también en este punto la función del rostro materno como espejo para el niño y la necesidad de que la progenitora responda a las necesidades del yo del infans.

A renglón seguido caracterizo algunos aspectos de la relación de Cielo con sus padres, así como la incidencia de la misma en su constitución subjetiva.

Posteriormente analizo las consecuencias (en el sentimiento de sí, etc.) de una falla particular en el proceso identitario-narcisista mencionado, que vinculo con lo que denomino “trauma temprano”, que conjeturo padeció la autora. A continuación detallo las vicisitudes de su amor desesperado e intento ponerlo en relación con las variables mencionadas y con dicho trauma.

A) La constitución de la subjetividad del niño y los vínculos primarios:

Las representaciones parentales acerca del niño, comienzan, sin duda, mucho antes del nacimiento de éste. Suelen formarse a partir de la calidad del vínculo de la pareja en el momento del embarazo y a lo largo del mismo, de las experiencias de los futuros padres con sus padres y hermanos, de sus vivencias y fantasías infantiles (Sohni, 2020), como así también de su organización narcisista, de sus conflictos intrapsíquicos e interpersonales, etc.

Estas representaciones constituyen un complejo entramado, articulado con fantasías, deseos y emociones de distinto tenor, que forman el lugar psicológico que esperará al niño cuando éste finalmente nazca.

En este espacio mental el niño queda inscripto, como representación alojada en la mente materna, investida amorosamente y que envolverá al niño cuando éste aparezca en lo real (Aulagnier, 1975; Lieberman, 1997; Slade, 1999; Solomon & George, 1996; Stern, 1995).



De este modo, la mente de la madre es aquel ámbito donde el niño encuentra, por primera vez, su “lugar en el mundo”, antes aún de que sea acogido y cuidado (sostenido, acariciado, alimentado, arrullado, etc.) en lo real por una madre “suficientemente buena” (Winnicott, 1965).

A partir del nacimiento del niño, las fantasías y representaciones que lo han precedido entrarán en una compleja dialéctica con la experiencia parental de lo real de ese niño, sea que pretendan configurarlo a imagen y semejanza de las mismas, sea que se vayan reacomodando y reconfigurando en función de las experiencias efectivas con el hijo y de los gestos espontáneos de éste (Winnicott, 1971).

El buen desempeño parental en la puesta en práctica de esta capacidad se encuentra en la base de su conexión con el verdadero self del niño (Winnicott, 1965) y con su promoción, como así también de su actitud sensible para con aquél, de la posibilidad de constituirse en una base segura (Bowlby, 1988) para el mismo y de su capacidad para contenerlo y favorecer su regulación emocional (Rudolf, 2020).

A la vez, encontramos habitualmente una idealización del niño, que fue señalada ya por Freud y que se encuentra en la base de la constitución del narcisismo primario y de la identidad de base del infans.

“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado.

La sobreestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo.

Así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones (...) debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*, como alguna vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres” (Freud, 1914, pp.87-88).

Es esta investidura idealizadora (sobreestimación) que recae sobre el niño la que despertará la libido de éste y la guiará hacia su propio yo, a la vez que incidirá de modo decisivo en su constitución.

En efecto, según este planteo, no existe desde el comienzo una unidad en la que consista el yo.

Lo que encontramos son pulsiones autoeróticas dispersas, movimientos parciales e incoordinados, a los que debe agregarse un nuevo acto psíquico para que el yo se constituya (Freud, 1914).

La mayoría de los psicoanalistas que se han ocupado de este tema, consideran que ese nuevo acto psíquico consiste en la serie de identificaciones primarias que dan nacimiento al yo, en un proceso que caracterizo sucintamente en lo que sigue.

Ya desde las primeras semanas de vida tiene lugar una gradual separación entre la madre y el hijo (partiendo de una fusión parcial inicial), lo que da lugar a eventuales angustias de separación y desintegración, que pueden ser mantenidas a raya en la medida en que tiene lugar la presencia de una madre que inviste amorosamente a su hijo y lo sostiene (Winnicott, 1962).

Es el tiempo del autoerotismo en Freud (1914) y de los núcleos del Self en Kohut (1971), que todavía no se han configurado en una unidad.

En un momento posterior, en el que ha avanzado la diferenciación entre el niño y su madre, y en el que los núcleos del yo se encuentran en proceso de integración en una unidad, tiene lugar la función de la madre como espejo para el niño: “¿Qué es lo que ve el niño cuando mira el rostro de su madre? Estoy sugiriendo que, habitualmente, lo que el niño ve es a sí mismo” (Winnicott, 1967, p. 112),

Cabe agregar que este espejo no sólo refleja, sino que lo hace amorosamente, invistiendo al niño con su amor y su libido idealizadora (la “sobreestimación” mencionada por Freud), en el caso de la madre suficientemente buena (Winnicott, 1965), que responde adecuadamente a las necesidades del yo del niño, las cuales incluyen anhelos tales como el de ser visto, reconocido, comprendido, reflejado, así como el de comunicarse y compartir la propia experiencia subjetiva con otro ser humano.

Asimismo, el niño se encuentra en esa imagen de sí que recibe desde la madre, lo que favorece la unificación de su yo y la construcción de un Yo-Ideal, consistente, cohesivo y poseedor de todas las perfecciones (Freud, 1914).



Este *Self grandioso* (Kohut, 1971) posee tendencias exhibicionistas que, cuando el vínculo madre-hijo es adecuado, son confirmadas por la investidura y validación maternas, con lo que se consolida el Self nuclear, base de la autoestima posterior.

En este punto encontraríamos el “nuevo acto psíquico” (Freud, 1914) necesario para la constitución del yo, ya que la imagen de sí, que es inicialmente externa (el niño se encuentra en los ojos de la madre cuando ésta funciona como un espejo para él) será posteriormente internalizada (identificación primaria) y consolidará la unificación del yo, así como su consistencia.

Este yo, a su vez, será investido con libido (narcisista) por el propio niño, lo que es esencial para el mantenimiento de su consistencia y coherencia, como así también para su autovaloración.

La investidura que recae sobre el yo, por lo tanto, será doble: la proveniente desde la madre y la que proviene del mismo niño, en la medida en que ha sido previamente investido por la madre.

Cuando el proceso se desarrolla adecuadamente esta doble investidura es firme y garantiza un yo cohesivo, sólido, vital y con un sentimiento inicial de grandiosidad, que estará, posteriormente, en la base de una sólida autoestima.

“Cuando uno ha sido el predilecto indiscutido de la madre, conservará toda la vida ese sentimiento de conquistador, esa confianza en el éxito, que no pocas veces lo atraen de verdad.

Goethe habría tenido derecho a iniciar su autobiografía con una observación como ésta: “Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre” (Freud, 1917, p. 150).

Por otro lado, si, como dice Winnicott (1967), lo que el niño ve en los ojos de la madre es a sí mismo (según ella lo ve) y en tanto en la madre hay una sobreestimación de su hijo, lo que éste ve, entonces, es a un niño maravilloso, *His majesty the baby*, sobre el que hará recaer su amor, amándose entonces a sí mismo como el ser grandioso que es (según se ve en la mirada materna), como un Yo Ideal poseedor de todas las perfecciones.

Junto a la investidura amorosa hacia su hijo, encontramos en la madre la “preocupación maternal primaria” (Winnicott, 1956), que favorece

que la madre aprehenda los estados internos del niño, se los refleje (espejo), y se adapte “delicada y sensiblemente” (Winnicott, *Ibid*) a las necesidades del mismo.

Este espejo materno de los estados internos del niño será posteriormente internalizado por éste mediante la creación de un *espejo interno* gracias al cual podrá reflejarse y aprehenderse a sí mismo (reflexividad) (Green, 1974).

Asimismo, la madre lleva a cabo un proceso transformacional, una metabolización de las experiencias protoemocionales de éste, que estará en la base de la simbolización y regulación de las mismas (Bion, 1962).

A partir de este punto tiene lugar un complejo desarrollo, que ha sido conceptualizado diferentemente por diversos autores. Así, para Kohut, la sobreestimación del self va decreciendo y se transfiere a la imago parental idealizada. Posteriormente se morigerará la idealización parental y se produce gradualmente una internalización de la misma, de sus funciones, las que son idealizadas por la libido narcisista. Se forma entonces el Superyó, cuyos valores son supremos en tanto se halla investido por libido narcisista y, por tanto, idealizado (Kohut, 1971).

Esto supone la construcción de una estructura que posee una serie de funciones, las que continúan intrapsíquicamente las funciones que llevaba a cabo el objeto idealizado.

El resultado de este proceso -cuando tiene lugar de un modo adecuado- es la constitución de un self cohesivo, integrado, vital y creativo, así como de ideales y ambiciones que serán rectores para la construcción de proyectos y para la realización de los mismos.

El proceso consignado hasta este punto posee una complejidad mayor que la que ha sido delineada, pero entiendo que a los efectos del propósito de este artículo alcanza con las consideraciones consignadas hasta el momento, que nos permitirán conceptualizar las variables mencionadas al comienzo (trauma temprano, amor desesperado, sentimiento de sí de Cielo, capacidad de simbolizar, etc.).

De todos modos, cabe sintetizar las variables que se juegan en la relación primordial con la madre (o su sustituto) diciendo que hay tres



aspectos de esta relación -vista desde el punto de vista del niño- que podemos destacar:

1) el ser visto y reflejado, 2) el ser acogido y sus emociones procesadas, 3) el ser amado e idealizado.

La internalización del amor derivará en amor a sí mismo, la de la imagen de sí en la construcción de la propia identidad y del espejo interno, la de la capacidad de aprehender y metabolizar los estados subjetivos del niño en la constitución de su propia capacidad de procesamiento mental.

Podríamos reiterar que las cosas tienen lugar de este modo cuando el niño encuentra una madre suficientemente buena (Winnicott, 1965) que lleva a cabo estas funciones adecuadamente.

Pero cuando no es éste el caso, ocurren diversas perturbaciones que podrían esquematizarse de la siguiente forma: cuando en lugar de ver al niño como un ser con una vida subjetiva, los padres ponen el foco en los aspectos externos, físicos del mismo, éste tendrá dificultades en la constitución de su propia identidad, a la vez que tendrá dificultades para construir un espejo interno que refleje sus estados interiores.

A su vez, cuando en los padres encontramos inaccesibilidad, frialdad, desinterés, ausencia de reflejo o inclusive odio y deseo expulsivo hacia el niño, es esto lo que internalizará, en lugar de amor hacia sí mismo.

De igual forma, estas carencias o este rechazo primordial impiden la internalización de la función elaborativa materna -que no es operante en la madre debido al mencionado rechazo expulsivo- por lo cual el sujeto queda sin la posibilidad de simbolizar sus estados subjetivos.

La tesis central que propongo en este trabajo es que es esto lo que ocurrió en la relación primordial de la autora de la autobiografía con sus padres y que este *trauma primordial* se encuentra en la base de su amor desesperado, de su tendencia suicida y de su desenlace anoréxico y bulímico, que en este artículo mencionaré sólo de manera parcial.

B) Algunas consideraciones sobre la relación de Cielo con sus padres:

Entre otras observaciones que revisten el mayor interés psicológico (sobre sus estados emocionales, la falta de amigas, la importancia de la opinión de los otros, su gordura, las humillaciones padecidas, etc.) la autora refiere en las primeras páginas de su libro lo siguiente: “Y siguiendo con mis traumas, recuerdo a mis viejos”. Relata a continuación una escena en la mesa en que el padre le dice que no coma mayonesa porque engorda, tras lo cual consigna:

“Mis padres me decían qué tenía que comer y qué no. Se empezaron a preocupar por mi aspecto físico, pero jamás se preocuparon porque yo no tenía amigas, porque leía demasiado, porque no recibía llamadas telefónicas ni quería festejar mi cumpleaños. Esas cosas parecían no interesarles y se escudaban en la siguiente frase: es una nena especial” (p. 11).

Relata a continuación que la mandaron a tomar clases de piano, en donde resultó sobresaliente. “No solamente era una excelente alumna de piano, sino que era el orgullo de mi familia (...) Siempre que venía algún invitado me pedían que tocara una invención de Bach o alguna sonata, lo cual no me gustaba ni un poco, pero lo hacía. Yo pensaba que me querían porque tocaba piano” (p. 12).

(...) “Mis habilidades eran muchísimas: danza, tenis, piano, natación, inglés” (p. 12).

“Siempre tuve la creencia, equivocada o no, de que mi mamá quería que yo fuera una diez” (p. 15).

Comenta a continuación que una pareja amiga de los padres tenían una hija diez, llamada Rocío. “El panorama se me complicó un poco cuando empecé a escuchar a mamá diciendo a cada rato que algún hijo perfecto de su amiga había recibido algún estúpido premio. Me empezó a molestar la repetición en serie de comentarios edulcorados. Como ella estudiaba inglés, mi mamá me mandó a estudiar inglés. Como ella bailaba danzas contemporáneas, yo empecé a hacerlo. Y así seguía como un detective frustrado tras las huellas de Rocío. O mejor: cumplía los caprichos de mi madre.



Gracias a Rocío mis habilidades eran innumerables. Era una vulgar fotocopia de mi compañera del colegio” (p. 16).

En un pasaje anterior, ha dicho: “En realidad, yo no me veía mal, pero sí me sentía mal, entonces todo lo que hacía era comer. Mis compañeras del colegio jugaban a la sogá y yo comía, mis compañeros jugaban al fútbol y yo comía, ellos eran perfectos alumnos y yo comía” (p. 8).

Entre otras consideraciones que podrían hacerse sobre estos fragmentos, podríamos mencionar que Cielo parece ser para su madre una extensión narcisista. Su propio narcisismo, posiblemente deficitario, intenta compensarse a través de tener una hija “diez” (como la de su amiga) y de ahí que, ubicando a Cielo en el lugar de ayudante (Freud, 1921), la envíe a adquirir distintas habilidades que la asemejarían a Rocío, desconsiderando los deseos de su hija.

Podríamos decir también que la madre no ha logrado una adecuada diferenciación sujeto-objeto, al menos en la relación con Cielo, y que tanto ella como su esposo tienen un marcado déficit en la capacidad de aprehender la subjetividad de aquélla, por lo que sólo pueden ver los aspectos físicos y externos de la misma, sin ser capaces de aprehender su mundo interno (“Se empezaron a preocupar por mi aspecto físico, pero jamás se preocuparon porque yo no tenía amigas...”).

Este déficit de los padres tiene habitualmente profundas implicancias en el hijo, ya que en la medida en que éste no puede encontrar en la mente de los padres una imagen de sí como alguien con deseos, intenciones, afectos, impulsos...en suma, estados subjetivos, le falta una pieza clave para la construcción de su identidad, que suele basarse inicialmente en la internalización de esa imagen que los padres han construido de él, tal como fue dicho más arriba. De ahí que -en el caso de Cielo- ésta no pueda alcanzar una identidad personal y se vea como una “fotocopia” de su compañera de colegio.

Por otra parte, la mencionada falla de los padres dificulta que el niño desarrolle su propia capacidad de simbolizar, por lo que no le es posible cualificar su malestar tramitándolo en un espacio mental psíquico. De ahí que dicho malestar intente ser tramitado a través de acciones

concretas, en este caso a través de la ingesta. Si miramos ahora las cosas desde el punto de vista de Cielo, vemos que se conjugan en ella el sentimiento de no ser amada por ella misma, sino por la gratificación narcisista que es capaz de proporcionar a los padres, con un profundo malestar que no alcanza a ser simbolizado y se tramita a través de una ingesta desenfrenada. A la vez, no es difícil observar su sujeción al deseo materno y la formación de un falso self (Winnicott, 1960), que tiene, entre otras funciones, la de mantener un vínculo con la madre (Stern, 1985), que no ha sido posible lograr partiendo de una “preocupación maternal primaria” (Winnicott, 1956). Dicha preocupación parece no haber existido en este caso, ya que es posible conjeturar que la madre no se adaptó “delicada y sensiblemente” (Winnicott, *Ibid*) a las necesidades de su hija, sino que la ubicó al servicio de las satisfacciones de sus propias necesidades narcisistas.

Esto significa que la investidura narcisista materna que tomaba a Cielo por objeto -y que ésta podía conservar en la medida en que se autoexigía y lograba sobresalir-, le servía de sostén y de lazo con la madre, de un remedo de amor, mientras que el trauma subyacente (del que ya hablaremos), así como sus dificultades vinculares y su malestar anímico, se manifestaban vía ingesta reiterada -desde una situación de exclusión- con la obesidad resultante (“me sentía mal, entonces todo lo que hacía era comer”, p. 8).

Convergen entonces en ella la perturbación en la constitución identitaria (falso self) y en el proceso de individuación (Mahler, Pine, Bergman, 1977), la retracción (falta de amigas), los déficits en la capacidad de simbolizar y el recurso a la ingesta en un intento de neutralizar su malestar, de un modo no simbolizado (“...no era que no tenía amigas porque era gorda, sino que era gorda porque no tenía amigas”).

La perturbación identitaria es consignada en distintos pasajes de la autobiografía, entre los que podemos citar el siguiente:

“Y lo más grave (...) es no saber quién es uno, qué deportes nos gustan, qué discos queremos escuchar: tendemos a ser la persona con la que estamos. No por nada compraba cada disco que veía en su habitación [de Alejo], no por nada me sabía todas las letras y me gustaba su cuadro



de fútbol y leía sus libros. Quería ser él, porque yo no era yo” (p. 207).

C) El trauma temprano:

En las primeras páginas de la autobiografía, su autora describe una escena que considero clave para la comprensión del trauma temprano.

Tras relatar que en el colegio tenían plástica, refiere lo siguiente:

“Aquella mañana teníamos que llevar hilos de metal al colegio. Es decir, hilos lo suficientemente gruesos como para moldearlos, cruzarlos y crear formas. “¡Exprésense!” nos exigió el profesor de plástica. Ya lo creo que me voy a expresar. Para el término de la hora de plástica mis hilos de metal se habían convertido en un muñequito suicida. “Soy yo”, rezaba el título.

Mi obra de arte constaba de una horca metalizada de la que colgaba una supuesta sogá. Y enganchado cómodamente en su fría parálisis, un muñequito ahorcado. Era imperturbable, era de metal y estaba muerto. Suicidado. Se había autodeterminado la muerte (...) ¡Lo mío era una obra de arte! Y una ineludible predicción.

Obra de arte que terminó en la basura: intenté conservarlo, pero mi mamá lo tiró (...) Mi muñequito suicida terminó en la basura” (p. 32).

Conjeturo que esta escena puede leerse al menos de dos maneras, no excluyentes sino complementarias.

En la primera de ella conjeturo que la realización del muñeco y su mostrarlo a la madre (o dejar que ésta lo vea) contiene un mensaje y un llamado a la misma: intenta llamar su atención sobre el malestar que la aqueja. Pero la madre hace oídos sordos a dicho llamado, no entiende ni parece interesarse por la experiencia subjetiva de su hija de la cual emergió esa obra y la arroja como si fuera un desperdicio.

En la segunda lectura, postulo que en el texto la secuencia está invertida, que dado que el muñequito la representa, Cielo tuvo la experiencia primordial de haber sido eyectada, abolida por la madre de su mente, y que este acto fue motorizado en esta última por un deseo inconsciente de muerte hacia su hija.

Si esto hubiera sido de este modo, es imposible, con el material de la autobiografía, poder

saber cuánto corresponde a una oscura y confusa percepción del período preverbal por parte de Cielo y cuánto a una construcción de su propio aparato psíquico. En todo caso, lo que postulo es que ésta es una escena que quedó acuñada en Cielo en un nivel inconsciente, desde donde produjo sus efectos.

Por otra parte, la importancia de ser tenido *in mente* por parte de un otro primordial o significativo se revela crucial, no sólo en la infancia sino a lo largo de toda la vida, como dejan ver con elocuencia ciertos pacientes que son particularmente sensibles a este hecho. Vale la pena ilustrar esta afirmación con un texto de uno de los seminarios de Heinz Kohut: “En este caso particular, el paciente ya sabía, y la analista también, que cuando él estaba separado de ella durante los largos fines de semana que iban de jueves a lunes, él reaparecía desgredado, sintiéndose irreal y deshecho.

Después de observar ese estado durante casi una hora, la analista quiso poner en marcha una interpretación de lo que eso significaba. Recordó algo que el paciente le había dicho antes acerca de lo que le sucedió en su niñez cuando su madre se fue. E inició su interpretación diciendo: “Según me contó usted hace dos semanas...”. Antes de que hubiera podido proseguir con su interpretación, el paciente se sintió maravillosamente bien y su aspecto ruinoso desapareció. ¿Por qué? Porque *en la mente de ella, él había existido como un continuo durante dos semanas*. Ella podía recordar algo que le había sucedido a él dos semanas atrás. De modo que él volvía a encontrarse consigo mismo como totalidad al ser visto como un continuo por una persona que le proporcionaba ese cemento que nosotros, aparentemente, no necesitamos más, aunque siempre sigamos en alguna medida necesitándolo” (Elson, 1987, p. 65) (cursivas agregadas).

En el caso de Cielo, conjeturo entonces que, en lugar de haber sido tenida en mente, esto es, albergada e inscripta amorosamente en su interior, tal como hemos mencionado más arriba, hablando de la madre *suficientemente buena*, la madre de Cielo (al menos desde la perspectiva de la autora del libro, según ha sido comentado) realizó un movimiento de signo contrario: expulsivo y aniquilante y sólo mantuvo con su hija (o



constituyó a partir de cierto momento) investiduras narcisistas colaterales.

Estas investiduras fueron un sostén para Cielo durante parte de su vida, constituyendo un *contrato narcisista* (Roussillon, 1999), mediante el cual podía mantener un lazo con su madre en la medida en que se sometía a sus exigencias narcisistas, renunciando a su propia subjetividad (“cumplía los caprichos de mi madre”).

Por lo demás, en lo que hace al deseo de muerte materno conjeturado por mí, supongo que fue internalizado por Cielo y, como una fuerza que pujaba desde dentro hacia su realización, dio por resultado el suicidio del muñequito de alambre, cuyo título rezaba “soy yo”.

Un elemento clave en esta escena es que dicho deseo de darse muerte pudo ser simbolizado en ese momento en el muñeco de alambre, de modo tal que fuera éste quien *perdiera la vida* y no Cielo. La continuación del texto mostrará la pérdida progresiva de esta capacidad de simbolizar por parte de la autora y la forma en que este deseo de darse muerte fue plasmándose en su relación con su propio cuerpo.

Cabe suponer, asimismo, en base a una serie de referencias presentes en la autobiografía (algunas de ellas mencionadas con anterioridad), que la madre de Cielo no desarrolló una preocupación maternal primaria, ni empatizó con el mundo interno de su hija, ni la invistió y reflejó suficientemente, ni favoreció el desarrollo de su subjetividad y su individuación, sino que, a partir de cierto momento, la usó al servicio de su propio narcisismo.

Esta serie de actitudes traumatizantes provenientes del exterior provocaron tal vez una interrupción en la continuidad del desarrollo de Cielo, así como una conciencia prematura y dolorosa de la frustración de sus necesidades, tal como sucede en estos casos (Bohleber, 2010; Hirsch, 2011, 2022; Trimborn, 2011).

Esta frustración suele producir una desorganización interna, así como la activación de emociones primitivas y ambivalentes que el yo inmaduro no puede procesar, por lo que recurre a defensas arcaicas, como -en el caso de Cielo- la ingesta compulsiva para lidiar de algún modo con ellas, así como la retracción (“por eso fui y soy

solitaria”, p. 25) a los efectos de negar la necesidad que se tiene del objeto decepcionante.

Con posterioridad, esta negación se vio sustituida por un tipo de unión (contrato narcisista) consistente en la sujeción a las exigencias narcisistas de la madre, que parecen comenzar cuando ésta envía a su hija a estudiar piano (“cumplía los caprichos de mi madre”, p. 16).

Complementa el cuadro la desvalorización o exclusión del padre, como se deja ver en la caracterización que hace del mismo en la primera parte de la autobiografía.

La conjunción de estas vicisitudes externas e internas se encuentran en el fundamento de la deficiencia estructural primaria en la identidad de base de Cielo, de la fragilidad considerable de su self, de su duradera y pronunciada depresión, así como de la merma notable en el sentimiento de estima de sí, que se conjugan con las características consignadas en el párrafo anterior (déficits en la capacidad de simbolizar, falso self, etc.).

Junto a ello, en distintos lugares del libro se deja ver la presencia de intensas necesidades de despertar interés, de ser tenida en cuenta, investida, escuchada, comprendida, amada por ella misma, valorizada en su ser, reflejada, contenida, etc., necesidades que parecen no haber encontrado una respuesta adecuada por parte de sus progenitores (o, al menos, ésa parece haber sido la vivencia de Cielo).

Éste es entonces el terreno psicológico en el que surgirá el amor desesperado del que hablaremos en el párrafo siguiente, que no es posible comprender sin tener en cuenta estos antecedentes.

D) El amor desesperado:

El estado de ánimo inmediatamente previo al encuentro con Alejo, con quien Cielo desarrollará su amor desesperado, es referido de la siguiente forma por la misma: “¿Alguna vez sintieron que no tenían ganas de hacer nada? Ni de levantarse, ni de comer, ni de hablar por teléfono, ni de saludar a la familia, ni de hacer cosas que les den placer. Así me sentía yo. Después de (...) haber tomado conciencia de que la tristeza no me iba a dejar transitar tranquila el camino de la



adolescencia, me volqué exclusivamente a Internet. Decidí que era la única cosa que iba a hacer y empecé a conocer gente en el chat” (p. 48).

Es justamente en el chat de internet donde conocerá a Alejo, que a la protagonista le parece “el único ser inteligente” entre aquellos que conoció en la web. Faltaban en ese momento pocos meses para que Cielo cumpliera 15 años, mientras que Alejo tenía 9 años más que ella.

En las siguientes páginas de la autobiografía, la autora va narrando algunos aspectos del progresivo acercamiento entre ambos, como la seducción que Alejo desplegaba con ella, su rol de mentor, cómo él la hacía vibrar y sentir bien, así como el modo en que ella lo vivía y lo que *necesitaba* de él: “sos el tipo de hombre que cualquier mujer necesita. Sos un tipo comprensivo, que quiere escuchar, que sabe escuchar, que te ayuda a resolver cualquier problema. Sos dulce, tierno, cariñoso (...) Yo siempre fui una chica muy solitaria (...) pero cuando crecí me di cuenta de que necesito de alguien. Alguien que me escuche, que me quiera y que en definitiva me ame y me dé lo que quiero: una relación estable, seria, duradera, sin mayor compromiso que amor duradero (...) quiero darte las gracias por todo lo que me das. Gracias por tu atención, realmente la necesito” (pp. 54-55).

El acercamiento virtual se intensifica cada vez más hasta que deciden encontrarse. Durante 6 meses frecuentan el departamento de Alejo, se besan y acarician, pero no concretan una relación sexual, dado que Cielo dice necesitar más tiempo. Pasado ese lapso comienzan a tener también relaciones sexuales, Alejo le propone que sea su novia y el estado de ánimo de la autora se transforma completamente “En aquel momento, sin embargo, [Alejo] era la única razón por la que sonreía y por la que despertarme feliz” (p. 55).

En distintos pasajes la autora consigna la idealización que realiza de Alejo y de sus actitudes para con ella, conjugadas con su mermado sentimiento de sí: “Alejo era una eminencia en oratoria y persuasión. Y yo, afrontémoslo, era una presa fácil. Triste, solitaria y necesitada de afecto y contención (...) No puedo decir qué me gustaba más de él: si su forma de hablar, de escribir o lo misterioso que era. O quizás, la manera en que me trataba, nunca me habían tratado así:

con tanto miedo a que me rompiera, con tanta delicadeza, tanta dedicación” (pp. 55-56).

A lo largo de toda una serie de páginas la autora va describiendo distintas situaciones que tienen lugar en su relación con Alejo, a la vez que va deslizando comentarios sobre sus vivencias en relación con el mismo. Considero, por tanto, que puede ser de mayor utilidad sintetizar en una serie de ítems las características del amor desesperado de Cielo, en algunos casos con sus propias palabras. Tras ello llevaré a cabo una conceptualización de sus dichos.

1) Lo que recibe de Alejo:

“Alejo era **todo aquello que yo necesitaba:** comprensión y sustento” (p. 51) [negritas agregadas]

“A su modo, Alejo fue mi mentor...” (p. 55)

“...quiero darte las gracias por todo lo que me das. Gracias por tu atención, realmente la necesito” (p. 55).

2) Alejo como prótesis identitaria:

“Y lo más grave (...) es no saber quién es uno, qué deportes nos gustan, qué discos queremos escuchar: tendemos a ser la persona con la que estamos. No por nada compraba cada disco que veía en su habitación, no por nada me sabía todas las letras y me gustaba su cuadro de fútbol y leía sus libros. **Quería ser él, porque yo no era yo**” (p. 207) [negritas agregadas].

3) Idealización de Alejo:

“A partir de ese día, Alejo se convirtió en **la persona más importante del mundo:** me levantaba media hora antes de ir al colegio sólo para chequear emails y ver si tenía alguno suyo. Cuando volvía, comía enfrente de la computadora mientras hablaba con él” (p. 53).

“En aquel momento, sin embargo, era la única razón por la cual sonreía y por la que despertarme feliz” (p. 55)

“No fue muy difícil enamorarme de él, **era todo lo que yo quería, lo que necesitaba en ese momento y quizás lo que había necesitado toda la vida**” (p. 55). “Con él quería tener hijos, **él me había hecho vivir, lo era absolutamente todo**” (p. 262).

“No podía creer tenerlo enfrente después de tanto tiempo. **Lo adoraba, lo idolatraba. Era mi Dios** y estaba ahí, cerca de mí” (p. 267) [negritas y cursivas agregadas].



4) Adicción a Alejo: “Mi vida social no existía. En el colegio estaba absolutamente ausente (...) Mi vida comenzó a ser cibernética, transcurría en la red. Perdí la noción de la realidad: todo lo que quería era hablar con Alejo” (p. 51).

“Yo no sabía qué quería estudiar, porque no sabía si quería otra cosa que estar con Alejo. Ésa era la única meta en mi vida: no tenía tiempo para pensar en otras cuestiones” (p. 89).

“Eso es Alejo: una droga” (p. 97).

5) Expansión narcisista al sentirse amada: “Era el cielo, estaba en el cielo. Era todo lo que había soñado. Era más que cualquier cosa que me hubiera podido imaginar. Era Alejo haciéndome un desayuno, era yo despertándome en su cama, durmiendo abrazada a él, entre sus sábanas, en aquella misma cama donde había entregado mi virginidad, donde había dejado de ser una nena. Allí ahora yacía una mujer que **se sentía amada**. Allí estaba yo, **reina del universo**” (p. 95).

“...estar con él era reivindicar todo lo que no había podido ser, pero que siempre existió dentro de mi cabeza” (p. 96)

6) El amor como salida de la depresión: si comparamos el estado anímico de Cielo antes de conocer a Alejo, con el que experimenta cuando se concreta la relación con él, vemos la transformación que ha tenido lugar: de la depresión a la felicidad:

6.1) “¿Alguna vez sintieron que no tenían ganas de hacer nada? Ni de levantarse, ni de comer, ni de hablar por teléfono, ni de saludar a la familia, ni de hacer cosas que les den placer. Así me sentía yo” (p. 48).

6.2) “En aquel momento, sin embargo, [Alejo] era la única razón por la que sonreía y por la que despertarme feliz” (p. 55).

7) El amor como neutralización de la muerte: Hay una relación entre el abandono y la muerte (reiterada muchas veces en el libro), o, mejor dicho, entre el ser abandonada y el bajar los brazos ante el empuje de la moción autodestructiva que la habita y, por otro lado, entre el ser amada y vivir, o volver a la vida.

Hablando de que Alejo no está, de que es como una droga para ella y de que sin él se muere, dice: “Y cuando estoy casi dentro del sarcófago (porque mínimo quiero morir y que me entierren al mejor estilo faraón egipcio), Alejo

vuelve y me da. Y me calmo y vuelvo a respirar y vuelvo a vivir” (p. 97).

Comentarios sobre los ítems:

Estas son, según mi punto de vista, las características principales que encontramos en el amor de la autora de la autobiografía *Abzurdah*.

He tomado como punto de partida las consideraciones de Sperling y su expresión *amor desesperado* para denominarlo, aunque también podría haber hablado de amor *obsesivo* (como hace la autora) o *adictivo*. Lo importante, más que el nombre que decidamos utilizar son sus características y, fundamentalmente, *su función* en el contexto vital y psicológico de Cielo.

Para reflexionar sobre estos dos aspectos he de retomar lo expresado en los párrafos anteriores, poniendo el acento en el primero de los conceptos del título de este trabajo: el trauma temprano.

La palabra *trauma* no es sino una especie de síntesis para hacer referencia a un complejo proceso que implica una serie de componentes (Bohleber, 2010; Hirsch, 2011, 2022; Roussillon, 1999; Trimborn, 2011):

- a) las experiencias traumatizantes, que pueden ser de distintos tipos: intrusivas (como una violación, por ejemplo), o deficitarias, esto es, cuando no ocurre algo que debió ocurrir para dar una respuesta adecuada a las necesidades del yo del infans, o expulsivas, como en el caso del trauma que hemos conjeturado que padeció Cielo.
- b) la desorganización resultante en la subjetividad del niño y las emociones activadas por dichas experiencias
- c) el nivel del desarrollo que aquél haya alcanzado cuando las mismas tuvieron lugar, así como el período de tiempo a través del cual se extendieron.
- d) los modos de procesamiento (Mentzos, 2009) de las experiencias y de las emociones, que pueden ser primordialmente defensivos, o principalmente compensatorios, aunque puede darse una conjunción de ambas modalidades.
- e) los efectos en la subjetividad de todo lo anterior,



f) el destino y las derivaciones de las necesidades no satisfechas en el caso de los traumas del segundo tipo de los mencionados en a).

Estos seis componentes, con excepción del c), para el que no tenemos información en la autobiografía, particularmente en lo que hace a la primera infancia de la protagonista, han sido caracterizados con anterioridad en los párrafos B) y C).

Desearía ahora poner el acento en el tipo de trauma padecido por Cielo y en la función del vínculo con Alejo, en el cual se desarrolló su amor desesperado.

En lo que hace al tipo de trauma, resulta bastante evidente a lo largo del libro la presencia de un trauma del segundo tipo (falla en la inversión y reflejo maternal). Algunas de las expresiones que lo ilustran han sido consignadas ya en el párrafo B).

El trauma del tercer tipo (eyección) ha sido conjeturado por mí en el párrafo C) cuando supuse que -desde el punto de vista de Cielo- había tenido lugar un movimiento expulsivo por parte de su madre (muñequito arrojado a la basura).

La conjunción de ambos tipos de trauma, así como de las defensas activadas a partir de ellos dieron por resultado el conjunto de las características y perturbaciones de Cielo. Entre las defensas cabe mencionar la retracción, el recurso a la ingesta y el contrato narcisista establecido con la madre.

Entiendo que el vínculo con Alejo y el amor desesperado que le es inherente posee la función de hacer las veces de una *protesis* de las perturbaciones padecidas por la autora, la cual incluye una dimensión *compensatoria* debido a la satisfacción de las necesidades de Cielo que Alejo llevó a cabo, las cuales no habían encontrado adecuada respuesta parental en su infancia.

De este modo, podemos ver cómo la protagonista encontró en Alejo la atención, la escucha, el sostén, la comprensión, el sustento, el amor, la contención, la dedicación, el trato delicado, las enseñanzas (mentor), la ayuda para resolver problemas, que no había encontrado en su infancia en la relación con sus padres. Es interesante en este sentido cuando Cielo dice que Alejo era lo que ella necesitaba en ese momento, pero

también lo que había necesitado *toda la vida*, ya que esto parece indicar que estamos en presencia de una transferencia de necesidades tempranas que ha realizado sobre Alejo (“No fue muy difícil enamorarme de él, **era todo lo que yo quería, lo que necesitaba en ese momento y quizás lo que había necesitado toda la vida**”).

En relación a la identidad, en su mimetización con Alejo encuentra una prótesis respecto de quién es ella, de cuáles son sus gustos y preferencias (“quería ser él porque yo no era yo”).

El sentimiento de estima de sí, profundamente menoscabado desde su infancia (“me creía una mierda, entonces tenía que actuar superficialmente como si nada me afectara”, p. 16), alcanza un notable incremento en la medida en que se siente amada por Alejo (“Allí ahora yacía una mujer que **se sentía amada**. Allí estaba yo, **reina del universo**”).

La condición necesaria para que el efecto de esta prótesis y de la dimensión compensatoria que la acompaña se mantenga y posea eficacia consiste en el mantenimiento del vínculo y en la continuidad efectiva de las actitudes de Alejo que satisfacen sus necesidades. En esto se diferencia de un mecanismo propiamente compensatorio, tal como ha sido considerado por diversos autores (Kohut, 1977; Mentzos, 2009; Rudolf, 2020) el cual implica una modificación interna, lo que permite prescindir de la presencia concreta del objeto.

Por esta razón, los diversos logros que Cielo había conquistado (en su estado de ánimo, en su identidad, en el sentimiento de estima de sí), comienzan a resquebrajarse en la medida en que surgen problemas en la relación y en que Alejo comienza a alejarse.

En efecto, tras unos meses de relación intensa y pasional, Alejo comienza a tomar distancia. La adicción de Cielo y lo indispensable que Alejo le resulta para su vida se hacen muy notorios en este período.

Finalmente cortan la relación, y aunque no será un corte definitivo, en un primer momento Cielo lo vive de esa forma.

Resulta significativo cómo retornan entonces sus perturbaciones, que habían quedado temporariamente neutralizadas por la prótesis mencionada.



En lo que hace al sentimiento de sí y a su estado anímico, resulta elocuente la siguiente frase:

“No estar con Alejo significaba la muerte espontánea de la persona inteligente que yo creía ser por primera vez. Me había hecho sentir adulta, elocuente y propensa a ganar todas las batallas. Era la muerte de mi heroína. Estaba demasiado deprimida como para quedarme estancada.

A fines del año 2000 me fui a Europa y me olvidé de que el dolor se traslada con el viajante” (p. 82).

Vemos cómo el alejamiento de Alejo tiene como consecuencia la caída en la imagen de sí valorizada (heroína) que Cielo había construido gracias a las manifestaciones de Alejo para con ella. Podía sentirse adulta, elocuente y propensa a ganar todas las batallas, pero siempre y cuando Alejo le insuflara esa imagen de sí con sus manifestaciones amorosas, de interés, de valorización. Cuando estas actitudes cesan, aparece el trasfondo de su sentimiento de sí, que era mantenido a raya mientras el vínculo le resultaba satisfactorio: (“...me creía una mierda, entonces tenía que actuar superficialmente como si nada me afectara”, p. 16).

Vemos también cómo el alejamiento de Alejo (vivido como desamor por Cielo) y la caída de esa imagen de sí le producen un sentimiento de intensa depresión, que parece conjugar tanto una dimensión anaclítica (dependiente de las manifestaciones continuas de amor de parte de la otra persona, sin que haya habido una internalización de las mismas, Blatt, 2004) como una dimensión narcisista (muerte de la heroína) (Zabel, 2019).

El intento de tramitación de ese alejamiento y de la depresión subsiguiente no es realizado por Cielo mediante un procesamiento intrapsíquico, al modo de un proceso de duelo, ya que, según hemos visto con anterioridad, carece de los recursos mentales, de la capacidad de elaboración y simbolización necesarios para llevarlo a cabo. Por ese motivo, intenta una tramitación en el nivel del acto, tal como es habitual en ella (cf., por ejemplo, la ingesta desenfrenada mencionada al comienzo), emprendiendo un viaje a Europa.

No obstante, este intento se revela ineficaz, según consigna la autora en un mail que le envía a Alejo (“Te extraño demasiado como para subir

a la torre Eiffel (...) no puedo disfrutar de nada acá” -p. 83).

En lo que hace a su identidad, que había encontrado un sostén en su mimetización con Alejo (“quería ser él, porque yo no era yo”), la falta de dicho sostén le provoca una disgregación en la misma (“Tengo, es cierto, varias personalidades, y para cada una de ellas un grupo de amigos diferente (...) soy lo que el ambiente quiere que sea, lo que las situaciones me indican que es mejor ser” -p. 87).

Por último, en lo que hace a su adicción, ésta sigue vigente a pesar de la separación y de la nueva relación que Alejo había establecido: (“Cuando volví de Europa me enteré de que estaba saliendo con otra persona (...) Sin embargo, nunca pude desprenderme de él y, por alguna razón, él tampoco pudo” -p. 83).

En las páginas subsiguientes se relatan una serie de acercamientos y nuevos alejamientos entre Cielo y Alejo, en los que se reiteran las perturbaciones de la autora ante lo que vive en cada ocasión como un abandono (“Cuando alguien me abandona me siento huérfana, perdida, sin tierra (...) Soy yo, entre la neblina, buscando el camino de vuelta a ninguna parte. Ése es el abandono: una casa vacía y yo gritando el nombre de quien me abandonó. Abandono es un eco que dice “Alejo, Alejo, Alejo”, incansablemente en mis dos oídos para siempre” p. 109).

Resulta notable la catástrofe que para Cielo significa ser abandonada por Alejo, su desamparo, su falta de objetivos, su estar perdida, así como el vacío que la envuelve y que también la habita (“todo me daba lo mismo, necesitaba llenar con comida el hueco que sentía adentro”, p. 196). También resulta elocuente el tema del llamado que no encuentra respuesta, tema que se repite a lo largo de todo el libro.

A partir de este momento comienza a cambiar la representación que Cielo tiene de Alejo, la cual se torna cada vez más hostil, en la medida en que lo describe como prepotente, manipulador, mal tipo, egoísta, congelado emocionalmente, alguien que no tiene en cuenta lo que ella necesita, etc.

No obstante, este cambio no modifica la intensidad de su adicción: “...el hombre no me



quería, no me respetaba y aún así **lo necesitaba para existir**" (p. 105). [negritas agregadas].

El tema de no ser querida, de no ser tenida en cuenta, de no encontrar respuesta adecuada a sus necesidades se incrementa progresivamente. En ello podemos ver dos componentes: por un lado, el alejamiento efectivo (aunque parcial) de Alejo, que la insistencia y la desesperación de Cielo no hacen más que incrementar, en una especie de círculo vicioso.

Por otro lado, cabe conjeturar que en la medida en que el sostén de Alejo se debilita, retornan las experiencias traumáticas vividas tempranamente por Cielo y que han sido comentadas con anterioridad.

También se abre paso, cada vez con mayor fuerza, la tendencia autodestructiva que también ha sido referida más arriba (parágrafo C), incrementada por la vuelta de la agresión hacia el propio yo ("todo el amor que le tenía a Alejo se convirtió en un rifle de rencor comprimido, y yo en una guerrillera capaz de cualquier cosa, incluso de matar. Matarme, claro, jamás le hubiera hecho daño a él" p. 105).

En este tramo de la autobiografía se muestran con elocuencia dos defensas que parecen ser claves para el mantenimiento de la adicción de Cielo: la escisión y el borramiento de su dolor: "Tengo la admirable capacidad de borrar lo malo y recordar los momentos gratos. Así, aún después de escribir atrocidades acerca de él, puedo llamarlo por teléfono y hablar como si nada, con voz de enamorada y suspiros cariñosos. Sí, es lamentable. Por eso me costó tanto despegarme de él" (p. 85).

En este párrafo se ven con claridad los dos aspectos de su personalidad disociada: la que odia a un Alejo "despreciable", la que ama a un Alejo indispensable. El borramiento reiterado de la primera parte inhibe la toma de distancia que Cielo podría llevar a cabo y hace que, como ella misma dice, le cueste (o no pueda) despegarse de él.

Continuando con su narración la autora nos hace saber que después de un embarazo (que no había sido tomado de buen grado por Alejo) perdido en forma espontánea, de una hija a la que ya había bautizado Úrsula y de un período sin ver a Alejo, se reencuentra con él. Pero al poco tiempo,

éste le comunica que se muda y que se va a vivir a otra casa, con Romina (hermana gemela de su ex novia) y su hijo, Homero. Este cambio en las circunstancias vitales de Alejo, que hacen que Cielo vea ahora que él forma parte de una "familia feliz".

Esta situación hace que Cielo se sienta no ya (solamente) abandonada, sino también reemplazada: "No se estaba yendo a vivir a Monte Grande porque quería estar cerca de su familia. Se había ido a vivir con una mujer. ¿Cómo puedo luchar yo contra una mujer que le recuerda a alguien a quien amó?" (p. 110).

Poco después, Cielo se va por unos días a Mar del Plata con unas amigas, no sin antes hacerle saber a Alejo que se va hacia esa ciudad. A continuación, relata una escena en que lo llama a Alejo, preguntándole si iba a ir a Mar del Plata. Alejo, que le había dicho que posiblemente iría, le responde que no, que se están mudando y que tienen mil cosas para hacer, lo que Cielo experimenta como un nuevo rechazo.

Cargando con esa situación no procesada, va a bailar con las amigas, toma mucho alcohol hasta que se siente mal. Una de las amigas le sugiere que vomite y la ayuda con sus dedos.

"Loli lo hizo e instantáneamente después de vomitar, me sentí muchísimo mejor. Al vomitar experimenté una descarga que no había sentido antes: flotaban entonces ñoquis con licor de melón y muchas penas concebidas por Alejo aquellos últimos días. De manera extraña, una acción desagradable me llevó a sentirme bien" (p. 116).

Según la propuesta de Bion, ante las situaciones de intensa emocionalidad, al bebé le quedan dos opciones: procesar o evacuar mediante la identificación proyectiva (1962). Éste parece haber sido el mecanismo utilizado por Cielo en este caso: el dolor experimentado en la escena descrita se manifiesta también en un nivel concreto (cf. la equiparación entre los ñoquis y las penas) y es en este mismo nivel que actúa la identificación proyectiva, como acto corporal evacuatorio, como vómito que aligera a Cielo de aquel malestar improcesado, haciéndola sentir mejor.

Pero ese acto fue sólo el primero de una serie que tuvo lugar a continuación "Lo cierto es que a partir de aquel día vomité cada una de las



comidas que invitaba a mi estómago (muchas de ellas ni siquiera llegaron a pedir hospedaje en él) (...) decidía vomitar y sacarme las porquerías que tenía adentro” (p. 117) “...era mejor que Alejo no se enterase todavía de lo que yo hacía como método para lidiar con toda la mierda que tenía adentro, con la que consumía, con la que me tocaba vivir” (p. 119).

En esta reiteración podemos ver -por el momento- el intento renovado de evacuación de una serie de emociones y protoemociones que le resultaban improcesables por la vía mental, evacuación que debía reiterarse una y otra vez dado el carácter inagotable de tales contenidos perturbadores.

Pero pronto el vomitar habría de cobrar nuevos sentidos.

Una vez que regresó de Mar del Plata, volvió a ver a Alejo, en una situación en la que éste vaciaba su departamento con el objetivo de la mudanza ya mencionada.

“Aquella noche, aquella última noche en el departamento (...) Casi sin querer y hasta alegre le confesé que era bulímica” Tras tomar mucho alcohol se acuestan y Cielo escribe las siguientes consideraciones: “Alejo ya roncaba a mi lado. ¿Cómo alguien puede dormirse tan rápido minutos después de semejante confesión? El podía, su mente lo llevaba a límites de despersonalización asombrosos. Nada le afectaba demasiado, nunca se sobresaltaba y todo tenía solución: incluso mi bulimia. También supongo que pensó que se me iba a pasar pronto...Y eso me incentivó más y más para llevar a cabo mi propósito: que se preocupara por mí” (p. 121).

En este momento, el vomitar ha adquirido un nuevo significado: el de un *llamado al otro*, para recibir su atención y su amor, para ser registrada por éste. Pero el llamado sólo encuentra un Alejo retraído en su dormir, lo que parece ser una escena típica grabada en la mente de Cielo, que aparece también en otros pasajes de la autobiografía (Cf. pp. 26, 33, 45, 223): ella llama desde su necesidad y encuentra a un interlocutor “sordo” (ausente o retraído).

Tras esa noche, se van del departamento:

“Fue la despedida del departamento, pero yo me fui casi sin despedirme (...) vi las paredes peladas, sin cuadros. Las repisas con libros ya no

estaban, tampoco los cuadros egipcios. Faltaba el equipo de música y en su lugar estaba el radio-despertador sintonizando la 100.7 (...) Faltaba también el corcho lleno de fotos donde solía fijarme, esperanzada, si yo estaba en alguna (nunca ocurrió)” (p. 119-120).

Ese tener que irse del departamento parece ser vivida por Cielo como la reedición del trauma primordial, según el cual fue eyectada por la madre y en la mente de esta última no quedó ninguna inscripción de su hija. Conjeturo que es esto lo que simboliza el departamento vacío, sin sus fotos.

La continuación de la autobiografía torna verosímil esta conjetura, ya que Cielo dice en lo que sigue: “Yo estoy horrible. Estoy muy triste y mi vida no tiene sentido: voy a la facultad y me encierro en la cápsula malvada (mi casa), eso es todo lo que hago. Y ahora decidí no llamar más a Alejo para ver cuánto tarda en darse cuenta de mi desaparición terrenal. Espero que sea antes de mi suicidio (...) ¡Qué bajo cayó mi imagen de Alejo! Me abandonó justo en el momento cuando más lo necesito. Siento que la bulimia me consume, que es más que la comida lo que abandona mi cuerpo cada vez que vomito. Estoy vomitando pedazos de alma” (p. 122).

Los aspectos nuevos que aparecen aquí, después de sentirse (según conjeturo) otra vez eyectada, son los siguientes:

Cielo se retrae, se encapsula, lo cual implica también la sustitución de un escenario interpersonal (relación con Alejo y sus vicisitudes) por uno corporal-alimentario en el que le hace una y otra vez a la comida lo que siente que Alejo le hizo a ella, desde una identificación con él (“Soy una fotocopia malhecha de mi hombre ideal”, p. 123). O sea, una y otra vez se repite la escena según la cual hay un objeto eyectado, expulsado, y un interior en el que no queda huella de él (su estómago; el departamento vacío de sus fotos; la mente de Alejo; la mente de la madre), ahora desde una posición activa y por vía de una concretización en los actos del cuerpo y en la comida.

Otro aspecto importante es que el llamado se ha transformado en un llamado mudo (“...decidí no llamar más a Alejo para ver cuánto tarda en darse cuenta de mi desaparición terrenal”).



Por último, el aspecto más peligroso de este conjunto es la progresiva remoción de los frenos a la tendencia suicida oportunamente señalada (“Espero que sea antes de mi suicidio (...) Siento que la bulimia me consume”), que conjeturo -tal como he mencionado en el párrafo C)- que encarna la sujeción a un deseo expulsivo eliminatorio de la madre, dirigido hacia la persona de Cielo en los primeros tiempos de su vida.

A partir del capítulo 21 “Me como a mí” (pp. 139 y ss.) se abre un camino nuevo, que tiene que ver con su deriva anoréxica, en el que se consignan una serie de temas del mayor interés, como su anhelo de perfección, la estabilización narcisista identitaria que logra a través de una nueva personalidad: Lágrima, la que, mediante un blog, se convierte en “un líder de opinión”, “un gurú anoréxico” (p. 138), con cientos de seguidoras de todo el mundo. Esto produce en ella una considerable exaltación narcisista (“Por primera vez era líder de un grupo que funcionaba mundialmente (...) chicas que me pedían consejos, que me creían su ídolo, que querían parecerse a mí, que clamaban por mi atención (...) me sentí por fin reina del universo (al menos de aquel pequeño universo privado y cibernético)”) (p. 189).

Pero junto a ello aparece también un incremento en la autodestrucción, en la agresión hacia los padres a través de la enfermedad, actitudes manipulatorias y una serie de variables que resulta imposible abordar en este trabajo.

Sólo cabe decir que este camino se entrelaza con la relación con Alejo, por momentos parece sustituirla, pero tarde o temprano la adicción primordial reaparece y se expresa en una serie de encuentros entre ambos protagonistas, cada vez más tortuosos.

Siguiendo entonces con la temática relacionada con Alejo, cabe consignar el carácter de llamado que adquiere el adelgazamiento en relación a éste, tal como había ocurrido anteriormente con los vómitos (“Mi delgadez estaba dándome frutos: estaba concientizando a Alejo. Era todo lo que quería”) (p.155).

El aspecto más fuertemente hostil del no comer es proyectado en la carta de otra persona, que, hablando del progresivo empeoramiento por el no comer, dice: “...tan sólo te queda una muerte lenta y agonizante, haciendo sufrir a

todos los seres queridos que te rodean y que no paran de preguntarse: ¿qué hicimos mal? ¿por qué no pudimos evitarlo? Destrozas tu vida y la del resto” (p. 157).

Se ve claramente que los efectos del no comer, que lleva a la muerte y destroza la vida de los seres que la rodean, son las dos caras de una misma moneda.

En la parte final del libro la autora relata con notable detalle el grave acto suicida que llevó a cabo mediante la ingesta de Rivotril y diversos cortes que se infligió, del cual fue rescatada. Considero que resulta de interés conjeturar acerca de las dos motivaciones principales del suicidio, que se condensan en un breve párrafo, que ha escrito tras consignar que esta vez Alejo había desaparecido y suponía que no lo iba a ver más. Escribe entonces:

“Yo quería desaparecer del todo. Un día dormirme y no despertarme jamás. Quería una muerte silenciosa, una muerte que le quedase grabada [a Alejo] para siempre en la conciencia, en el inconsciente y en todas partes de su cuerpo como una viruela mal curada. Quería que le quedara en la cabeza una frase resonando como eco: “No quise ayudarla”, “No quise ayudarla”, “No quise ayudarla”” (p. 223).

Resulta muy elocuente el carácter de agresión, de dedo acusador, que tiene el suicidio para Cielo: Alejo debería cargar por siempre con la culpa de no haber respondido al llamado y padecer por ello, tema que ha sido desarrollado por distintos autores (Freud, 1905; Garma, 1952; Menninger, 1938).

No obstante, entiendo que hay un segundo nivel, más profundo e interesante, consistente en que, por medio de su muerte, Cielo encontraría un *alojamiento* permanente en Alejo, un lugar en su mente y en su cuerpo, en una fusión indisoluble (“...una muerte que le quedase grabada [a Alejo] para siempre en la conciencia, en el inconsciente y en todas partes de su cuerpo como una viruela mal curada). Con ello -y en este punto articulo con el trauma conjeturado en el apartado C)- subsanaría el desalojo de la mente de la madre que sintió haber padecido, en el cual he creído ver el trauma primordial de la autora.

Paradójicamente, entonces, por vía de la muerte encontraría finalmente su *lugar en el*



mundo, que había buscado a lo largo de su breve vida, en gran parte mediante el amor

desesperado hacia Alejo, que hallaría -de esta forma- su cumplimiento y su culminación.

Referencias

- Aulagnier, P (1975) *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires : Amorrortu editores, 1977.
- Bion, W. R. (1962) *Learning from experience*. London : Karnac Books.
- Blatt, S.J. (2004) *Experiences of depression. Theoretical, clinical and research perspectives*. Washington : American Psychological Association.
- Bohleber, W. (2010) Die Entwicklung der Traumatheorie in der Psychoanalyse, en *Was Psychoanalyse heute leistet*, Stuttgart : Klett-Cotta, 2012
- Bowlby, J. (1988) *A Secure Base: Parent-Child Attachment and Healthy Human Development*. New York: Basic Books.
- Elson, M. (comp) (1987) *Los seminarios de Heinz Kohut sobre psicología del sí-mismo y psicoterapia con adolescentes y adultos jóvenes*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- Freud, S. (1901) Psicopatología de la vida cotidiana. Buenos Aires : Ed. Amorrortu, T VI, 1980.
- Freud, S. (1914) Introducción del narcisismo. Buenos Aires : Ed. Amorrortu, T XIV, 1979.
- Freud, S. (1917) Un recuerdo infantil de Goethe en Poesía y Verdad. Buenos Aires : Ed. Amorrortu, T XVII, 1979.
- Freud, S. (2021) Psicología de las masas y análisis del yo. Buenos Aires : Ed. Amorrortu, T XVIII, 1979.
- Garma, A. (1952) *Sadismo y masoquismo en la conducta humana* Buenos Aires : Editorial Nova.
- Green, A. (1974) El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre psicoanalítico, en *De locuras privadas*. Buenos Aires : Ed. Amorrortu, 1990.
- Hirsch, M. (2011) *Trauma*. Gießen : Psychosocial Verlag, 2022
- Hirsch, M. (2022) *Traumatische Realität und psychische Struktur. Zur Psychodynamik schwerer Persönlichkeitsstörungen*. Gießen : Psychosocial Verlag, 2022.
- Kohut, H. (1971) *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*. Buenos Aires : Amorrortu editores, 1977.
- Kohut, H. (1977) *La restauración del sí mismo*. Buenos Aires : Paidós, 1980
- Latini, C. (2006) *Abzurdah. La perturbadora historia de una adolescente*. Buenos Aires: Booket, 3ra. edición, 2011.
- Lieberman, A.F. (1997), Toddlers' internalizations of material attributions as a factor in quality of attachment. In: *Attachment and Psychopathology*, ed. L. Atkinson & K. Zucker. Guilford Publications.
- Mahler, M., Pine, F., Bergman, A. (1977) *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. México, Distrito Federal : Ed. Enlace, 2002.
- Menninger, K. (1938) *Selbsterstörung. Psychoanalyse des Selbstmords* Frankfurt am Main : surkamp taschenbuch wissenschaft
- Mentzos, S. (2009) *Lehrbuch der Psychodynamik. Die Funktion der Dysfunktionalität psychischer Störungen*. Göttingen : Vandenhoeck & Ruprecht. 8, unveränderte Auflage, 2017.
- Roussillon, R. (1999) *Agonie, clivaje et symbolisation*. Paris : Presses Universitaires de France, 2014.
- Rudolf, G. (2020) *Strukturbezogene Psychotherapie. Leitfaden zur Psychodynamischen Therapie Struktureller Störungen*. Stuttgart : Schattauer, 4. Auflage, 2020. (erste Auflage, 2004).
- Slade, A. (1999) Representation, Symbolization, and Affect Regulation in the Concomitant Treatment of a Mother and Child. Attachment Theory and Child Psychotherapy. *Psychoanalytic Inquiry: A Topical Journal for Mental Health Professionals*, vol. 19, No. 5, pp. 797-830. Traducido en *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de*



- Psicoanálisis*, Nro. 5.
<http://www.aperturas.org/revistas.php?n=008>
- Slade, A. (2005) Parental Reflective Functioning: an introduction. *Attachment & Human Development*, 7(3): 269 – 281.
- Sohni, H. (2020) *Geschwisterdynamik*. Gießen : Psychosozial-Verlag
- Solomon, J. & George, C. (1996), Defining the caregiving system: Toward a theory of caregiving. *Inf. Mental Hlth.J.*, 17:183-198.
- Sperling, Michael B. (1986) Fusional Relations in the Borderline and Normative Realm: Desperate Love, en Reuben Fine (Ed.) *Current and Historical Perspectives on the Borderline Patient*, pp. 358-366
- Stern, D.N. (1985) *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires : Paidós, 1996.
- Stern, D.N. (1995) *The Motherhood Constellation*. New York: Basic Books.
- Trimborn, W. (2011) *Narzissmus und Melancholie. Zur Problematik blockierter Individuation*. Gießen : Psychosocial – Verlag.
- Winnicott, D.W. (1956) Preocupación maternal primaria, en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Winnicott, D.W. (1960) Ego distortion in terms of true and false self. In *Maturational processes and the facilitating environment* (pp. 140-152). London: Hogarth and the Institute of Psycho-Analysis.
- Winnicott, D.W. (1965) *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona : Editorial Laia, 1975.
- Winnicott, D.W. (1971) *Playing and Reality*. Routledge: London and New York
- Zabel, L. (2019) *Narzisstische Depression. Theorien und Konzepte in Psychiatrie und Psychoanalyse*. Gießen : Psychosocial – Verlag.

